

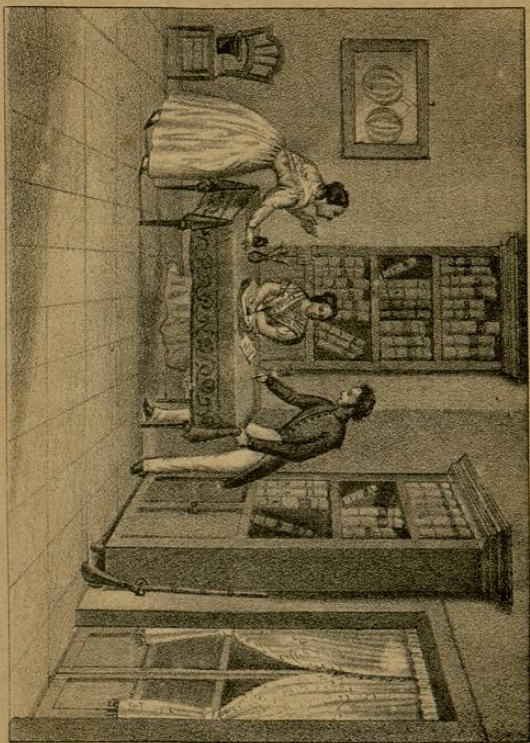
CAPITULO VI.

En el que luce mucho la instrucción y edificante conducta de la madre de Pomposita.

Muy resentida quedó Pomposita con el cruel tratamiento de su madre, y tanto mas cuanto que estaba acostumbrada desde muy tierna á verse coimada de mimos, contemplaciones y melindres, tanto de sus padres, como de sus parientes, criados y visitas de la casa. El espíritu de ira que se apoderó de su corazón fué tan vehemente, que se negó á comer aquella y se resistió á tomar chocolate por la tarde, á pesar de las caricias paternas, de los ruegos de todos los concurrentes, y de las súplicas y humillaciones de su madre.

Esta era muy altiva para sufrir el orgullo de su hija mucho tiempo: y así enfadada de él, la dejó, diciéndole de paso mil boberas, y se entró á la habitación de Matilde, quien viéndola tan colérica le preguntó la causa, y ella dijo: ¿cuál otra ha de ser, sino esa maldita muchacha tan malcriada como soberbia?

¿Ya viste lo que pasó esta mañana? Pues no ha querido comer, ni ha probado bocado á la hora de esta, y ya nos hemos cansado de rogarle. Poco ha faltado para hincarme delante de ella ahora, rogándole tomase el chocolate; pero todo ha sido en balde, mientras mas le rogaba mas dengues me hacia el



Tomo 1o

La Quillotita.

León 5.

demonio de la muchacha, hasta que me enfadé y la dejé, diciéndole: aunque nunca comas en toda tu vida, ¡ojalá te acabara de llevar el diablo! Y creeme que por no deshacerla á patadas, la he dejado y me he venido acá.

¡Ya se vé! ella no tiene la culpa: halló tan buen defensor en mi hermano, y por eso está tan cargada de razon. Lo que se quieren los muchachos es eso: hallar quien apoye sus picardias, y entonces no hay diablo que se las averigüe con ellos; pero que se atenga Pomposita á su tío, y que siga chupando, que yo le juro que no me llamara Eufrosina, si no le hiciere escupir á bofetadas cuantos dientes tiene en la boca.

El coronel que habia escuchado sus honras en tan pocas palabras, no pudo menos que incomodarse justamente y decirle: oiga usted, hermana, no hay que engañarnos: siempre buscamos á quien echar la culpa de nuestras malas acciones, cuando no tenemos la sinceridad suficiente para confesarlas por nuestras. La obstinacion con que la niña se niega á tomar el alimento, proviene de su resentimiento ó enojo, á que dió ocasion el imprudente castigo de usted, y perdone que se lo diga claro; pero usted ha tenido la culpa, y no yo que solo hice unas justas y sencillas reflexiones en su presencia.

En toda educacion bien dirigida se deben econo-

mizar los castigos cuanto se pueda; y cuando sean inescusables, deben ser correspondientes á los defectos de los niños, y segun esta regla, yo no encuentro proporcion entre el defectillo que ha cometido mi sobrina y el grave castigo que usted le impuso, pues en un niño no es tan gran delito chupar un cigarro para sufrir una bofetada tan cruel. Jamas las preocupaciones dejarán de acarrear funestos resultados. El caballero Ragliff que fué el que introdujo el tabaco en Inglaterra, en tiempo de Jacobo I, se atrajo con esto el odio general en tales términos, que levantándole muchos crímenes falsos, añadieron entre ellos que habia llevado una yerba con cuyas delicias se entretenian todos y se distraian del trabajo. El parlamento, preocupado á favor de los deponentes, lo sentenció á la última pena, que sufrió en un cadalso este hombre de bien y benéfico á su patria: puntualmente por haberles enseñado á sus paisanos el uso de una yerba de que despues han sacado tantos provechos. ¡Tal es la fuerza de la preocupacion!

Lo que mas noto yo en muchas madres es que se irritan, se enfurecen contra sus hijos, y los suelen castigar cruelmente por una friolera, al tiempo mismo que les dejan pasar culpas bastante graves, que les acarrear despues mil consecuencias funestas.

Yo no sé qué le dejo pasar á mi hija, decia Eufro-

sina: porque la que crie bien á sus hijos ha de ser como yo, aunque me tome la mano. Ya vé usted que en esa edad sabe leer y escribir, sabe todo el catecismo: está aprendiendo á bordar y á hacer trenzitas de chaquira; á coser no, porque gracias á Dios, tiene su padre y no ha de ser costurera; estas cositas se le enseñan porque no esté ociosa, y algun día sepa lo que está bueno y lo que está malo.

A mas de esto, ya usted ha visto que baila un campestre, unas boleras, una contradanza, un valse, y todo con primor. El diantre de la muchacha es habilísima, y como tiene buena voz, ya está aprendiendo á tocar y á cantar por arte: ello poco á poco; pero el maestro dice que la niña da muchas esperanzas porque es muy viva.

Por lo que mira al estilo, á la decencia, al aire de taco, al tono y todas aquellas cosas que debe saber una señorita de su clase, que algun día ha de hacer su papel, ya usted ha visto tambien que me he despedido por enseñárselas. Ella será una perra malagradecida si olvidare lo que yo he hecho por ella. Si sabe bailar, yo la he enseñado: si sabe comer con limpieza, tratar á todo el mundo segun su clase, vestirse con arreglo á las últimas modas, llevar el cuerpo con aire, manejar con garbo el abanico y todas estas cosas tan necesarias en una señorita, ¿á quién lo

debe si no á mi? Y despues de esto, habrá quien diga que yo he criado mal á mi hija?

Repender á una persona sus defectos sin tener autoridad para ello, decia el coronel, es una impolitica, en que yo no deseo incurrir; pero tambien el condescender con cualquiera persona apoyándole sus faltas, solo por lisonjearla, es una bajeza que no se conforma con mi genio. En esta inteligencia, yo no me determino á responder por ahora á la pregunta que usted acaba de hacer; pero le aconsejo que por modo de diversion lea á ratos perdidos el tratado de educacion de Mr. el Abate Blanchard, que está en el tomo cuarto de la *Escuela de las costumbres*. Este autor tiene bastante aceptacion entre los sensatos, y el trozo que digo de educacion á mas de ser cortito, tiene mucha naturalidad y sencillez de estilo, por lo que no es fastidiosa su lectura. Conque lealo usted con atencion, y despues, si gustare, podrá repetirme su pregunta.

Estaba yo bien fresca, decia Eufrosina, si me comprometiera á leer ese Blancar, ó Blandar ó lo que es. ¡Vaya! que no faltaba mas sino meterme á beata fuera de tiempo. ¿Qué piensa usted que yo soy como la zonga de mi hermana que parece una criada de la casa ó una vieja camandulera? Todo el dia está la muy bobona ó en la cocina, ó con la almohadilla, ó con el libro en la mano, que no parece sino noticia

recoleta. ¡Ya se vé! ella se hizo al modo de usted, y le parecerá que tiene una vida de ángeles; pero yo, ¿cuándo, cuándo me habia de sujetar á esa vida? no digo teniendo proporciones; pero aunque fuera mas pobre que Aman, me sabria dar mis ratos para desahogarme y cumplir con las atenciones de mis amigas; y no mi hermana que parece una india de pueblo. Ella ni sabe bailar, ni cantar bien, ni nada; ¡ya se vé! ¿cómo ha de saber, si se niega á las tertulias, á los bailes y concurrencias de la gente lucida, donde se aprenden estas cosas tan necesarias á toda gente fina? Para ama de llaves, maestra de niñas, pretendiente de brígida ó capuchina, no tiene precio mi Matilde. ¿No es verdad, hermana?

Será lo que tú quieras, dijo Matilde; pero lo cierto es que como yo ya me acostumbré á esta vida, no se me hace pesada; antes cuando tengo que concurrir á alguna parte donde hay bulla, lo hago por mero cumplimiento y porque no digan; pero te aseguro que estoy violenta, temiendo no suceda algo mientras falto de mi casa, y deseando volverme á ella lo mas pronto.

Si lo creo, hermana, contestaba Eufrosina, ¡sobre que todo es hacerse! Ya tú te has hecho á estar encerrada, y á ser una criada de tu marido y de tu hija, y de ahí no habrá quien te saque; aunque no te hagas muy santurrona: ¡quien sabe si tú no vas á los

bailes porque no te gustan, ó porque no te da licencia mi hermano? Vaya, que esto último me parece lo mas cierto, y esto se llama hacer de la necesidad virtud. A lo menos tú eres mas chica que yo, y muy bien me acuerdo que de doncella eras muy alegre: ¡vaya, si eras una sonaja! Todo el dia andabas saltando y cantando en casa: ello lo hacias mal, pero á tu gusto; y tambien te agradaban mucho las fiestecitas, los bailes y cuantas diversiones se te proporcionaban, de modo que si hubieras podido, hubieras sido apero de las tertulias, ó como dicen, perrito de todas bodas.

Esto es una verdad que tú no podrás negar: mira, pues, si yo tengo razon para estrañar tu recogimiento presente, y para presumir que tu mudanza y tu gasmoñeria no provienen de virtud ni de que no te gusten las bullas, como dices, sino de miedo que tienes á mi hermano, ó de mucha barba que le quieres hacer. Vamos no te pongas colorada: confésala, y aunque no la pagues.

Yo me pongo colorada, dijo Matilde, porque te produces de esa manera delante de mi marido, quien tal vez pensará que estás hablando verdades, y de ahí inferirá que yo de muchacha era una loca, andariega y amiga de fiestas, y de andar en la calle todo el dia; y que si ahora me estoy en mi casa no lo hago de buena gana, sino á fuersa y de miedo por res-

peto sryo. Por esto me avergüenzo y me da cólera, y no por otra cosa.

No, hija, no tienes porque avergonzarte, dijo el coronel: estoy muy satisfecho, así de tu conducta anterior como de la presente: sé que si de niña doncella salías á la calle y te presentabas en los bailes, era conducida por tu madre, por tu hermana y por otras personas á quienes te confiaban; pero no porque tú jamas hacias empeño para ir. Por lo que toca á tu conducta presente, estoy mucho mas satisfecho, porque la observo mas de cerca, y vivo muy contento al lado de una señora que siendo jóven, sabe desempeñar tan bien los títulos de madre, de esposa y de ama de casa. En esta virtud nada te debe avergonzar, cuando estás segura del ventajoso concepto que me debes, y en el que no te hago ningun favor, porque tá te lo tienes merecido.

¿Qué, no hay una escobita? dijo la necia de Eufrosina? ¿no hay una escobita, señores, para recoger tan abundantes desperdicios? ¡Vaya, vaya que ustedes se entienden la lengua lindamente! Yo me alegro mucho que usted esté tan satisfecho de Matilde, y de que ella esté tan contenta con usted: Dios los guarde así por muchos años. Yo, hermana, por lo que hace á mí, te digo que muy buen provecho te haga tu s.a. t. v. da; pero yo no te la envidio ni te la envidiaré jamas ¡Ay! no, ni pensarlo. Dios me li-

bre de que yo me viera casada y hecha una vieja rezandera ó una moza de á veinte reales. Primero me den cien tabardillos uno sobre otro y.....

¡Vamos, hermana, no hay que afligirse, decia D Rodrigo, si aun no llega este caso! Lo que yo quisiera fuera que usted se dedicara á la lectura de algunos libros buenos, que debian serle muy útiles en su estado: v. g. *la Educacion de las hijas*, por el señor Fenelon: *la Familia regulada*, por el padre Arbiol: *la Eufemia ó la muger instruida*, por el aleman Campé: *Cartas de madama de Montaignon: la Muger feliz*, y otros muchos que tratan del modo con que una muger debe conducirse con Dios, consigo, con su esposo, con sus hijos, con sus criados y con su casa; pero ya que veo que usted no tiene paciencia para tanto, me contentaria con que leyese ese tratadito de Blanchard que le digo; pues, por modo de diversion.

Estaba la diversion arrogante, decia Eufrosina: ¡vamos, hermano, que usted me hace reir con sus candideces! Si supiera usted que no me gusta leer nada ¿qué dijera? y no solo porque no me gusta, sino porque me falta lugar para mis cosas. No piense usted, ahí tengo muy buenos libros que me ha comprado Langaruto, muy bien empastados y muy bonitos, y dicen que son de bello gusto, y tengo algunos muy divertidos, segun dicen. Pues ¿para qué he de mentir? yo no los he leído; pero todos lo dicen, y lo

creo. Vea usted: tengo *las novelas de Doña María de Sayas, las obras jocosas de Quevedo, las Aventuras de Gil Blas, la Pamela, el Eusebio, Novela sin las vocales, la Clara, la Diana enamorada, la Alala, Alejo* en su casita, *Sociedades de la vida y desengaños del mundo, D. Quijote de la Mancha*, y otros que no me acuerdo: y á mas de eso un celemin de comedias y sainetes que mas bien lee Pomposita que yo. Conque si no tengo lugar de leer esos libros que son taa divertidos, ¿cómo me había de poner á leer esas mistiquerías que usted quiere?

En verdad, hermana, contestó el coronel, que tiene usted un gran surtido de libros y comedias. Entre los que usted me ha señalado, unos son buenos, otros razonables y otros perniciosos y de pésimo gusto; pero yo sin tratar de deprimir el mérito de los que lo tienen, digo que para aprender á ser buena casada, es mejor cualquiera de los que yo le cité, que todos cuantos usted tiene, y por eso me empeñaba en que leyera lo mas conciso; pero desisto de mi empeño en vista de que usted me asegura que no le gusta leer y que no tiene lugar, bien que yo creo mejor lo primere que lo segundo; porque ciertamente me hace fuerza que una señorita como usted no tenga lugar para dedicarse á leer un libro poco á poco.

Si no pareciera demasiada curiosidad, yo quisiera saber la distribucion que hace usted del tiempo, por-

que no puedo creer que sea este tan corto, ni sus quehaceres tantos, que no le dejen lugar para una cosa tan útil, y en que se podian emplear pocos minutos cada dia.

Usted, hermano, á la verdad se está haciendo de la casa de la Virgen, decia Eufrosina. Conque no sabe usted cuáles son mis quehaceres? ¡Pobrecito de usted! ¡Ya se vé! como vive tan lejos de mi casa y nos vemos tan de tarde en tarde, ¿cómo ha de saber lo que yo hago? No obstante, oiga usted en qué se me va el dia, para que vea si tengo, ó no, que hacer.

Me levanto á las ocho ú ocho y media por lo regular: de esta hora á las nueve me desayuno: de las nueve á las diez me visto y me aseo para salir: á las diez tomo el coche y me voy á la Alameda á hacer ejercicio, ó al Parian á comprar algunas cosas, ó á casa de alguna amiga. En estas y las otras dan las doce, y me vengo á almorzar: despues en tomar la leccion de baile y recibir algunas visitas se va el tiempo hasta las dos ó dos y media en que viene mi marido y nos ponemos á comer: despues de esto á las tres y media ó las cuatro me acuesto á dormir siesta hasta las seis: á las seis me levanto, tomo chocolate, me voy al paseo, ó me entretengo en vestirme hasta las ocho, hora en que me voy á algun baile, ó

al coliseo; acabada la comedia ó el baile, que es bien tarde, me retiro á casa, ceno y me acuesto. Rara vez se invierte este órden, que es el ordinario, y eso por algunas visitas que vienen á casa ó por alguna indisposicion que padezca, ó porque se arma acá la tertulia de repente, ó por otro motivo semejante, y entonces estoy mas ocupada con la atencion que escigen estas cosas. Vea usted si tengo ó no tengo harto que hacer, y si tendré lugar no digo para leer, pero ni para rascarme la cabeza.

Anda, niña, dijo Matilde: no me admira que te pases una vida tan floja y holgazana, sino que tengas cara para contarla y te quedes tan fresca.

¿Y por qué no? respondia Eufrosina. ¿Pues qué, hago mal en esto? ¿No soy muy dueña de mi voluntad? ¿No tengo proporciones para pagar mis criadas que me sirvan? y á mas de esto ¿no soy una señora decente, y es preciso que me trate como quien soy? Ya bien veo yo que mi régimen de vida es enteramente opuesto al tuyo. Algo he observado; pero para que veas la diferencia que hay de trato á trato, dime ¿en qué gastas el dia por lo ordinario?

No tendré embarazo, dijo Matilde. Mira: no soy madrugadora: me levanto, por lo regular á las siete de la mañana: visto á Pudenciana y nos vamos á misa, venimos, y nos desayunamos: despues envio á la niña á la amiga y le dispongo el almuerzo á Linarte:

el resto de la mañana se va en ir á la cocina, en la costura, en asear la casa, ó mil cosas; porque á ninguna muger le falta que hacer en su casa cuando es muger y quiere estar ocupada; á las doce envio por la niña, me pongo mi delantal para no ensuciarme, y voy á la cocina á sazonar el plato de mi esposo....

¡Virgen! ¿Hasta eso? dijo Eufrosina: pues ¿qué no tienes cocinera? ¡aunque fuera ya!—Si tengo, pero quiero que Linarte coma á su paladar, no al de la cocinera; y como nadie conoce su gusto ni su modo mejor que yo, de ahí es que yo misma le sazone la comida. Mas como iba diciendo: luego que acabo este gran trabajo, me lavo las manos y me vuelvo al estrado con mi costura hasta la una, hora en que por lo regular viene mi esposo de la calle: platica un rato ó se divierte un poco con su niña mientras ponen la mesa y vamos á comer. Acabada la comida reposamos un rato hasta las tres ó poco mas; él suele irse, y yo me pongo en el estrado rodeada de mi familia, ó con el bastidor ó con la almohadilla hasta las cuatro y media que van por mi hija: luego que esta viene, rezamos el rosario, y les leo algo del catecismo, á mi hija, á Tullitas (1) y á las mozas; pues, porque

(1) Esta Tullitas era la niña Gertrudis que sirvió de aya á Pudenciana en su infancia, y de que se habló al principio de esta historia.

ya sabes que es obligacion precisa de los amos el enseñar la doctrina á sus criados. En esto dan las oraciones, se van a sus quehaceres, las niñas á jugar, y yo á guardar mi ropa. A esta hora viene Linarte, tomamos chocolate, y unas veces nos ponemos á platicar, otras á tocar mi clave, ó me voy á tu casa, y alguna vez al coliseo, ó á alguna visita, segun estoy de humor, en cuyas diversiones me entretengo hasta las diez ó poco mas, hora en que cenamos y nos recogemos muy contentos.

Con este método de vida ni yo acabo mi salud, ni los pobres sirvientes se molestan; porque ya tú ves que es una grande imprudencia de aquellos amos que, despues de hacer trabajar á sus criados todo el dia, los tienen en vela hasta las quinientas de la noche en que llegan á sus casas del juego, de la tertulia ó la visita. En fin, con este método de vida ya verás que me sobra lugar para leer cuanto quiero.

Pues tienes una vida angelical, hermana, dijo Eufrosina: dichosa tú... si te salvas; pero la verdad yo no te la codicio; porque ese trato no es para una señora decente, sino para las rotitas de casa de vecindad; y no para todas sino para aquellas pobres hipócritas que se hacen muy virtuosas, muy recogidas y muy mugeres de su casa, no por voluntad sino por fuerza. No van al coliseo, porque no tienen con que pagar el palco ó el asiento, ni se presentan en los

paseos públicos ni en los bailes, porque les sobra vanidad y les falta coche y el lujo que desean para competir con nosotras; pero tú que eres medio mística, ya sabes que esto no es mugerio ni virtud, sino mucha soberbia y vanidad; y despues de todo, niña, semejante vida, ocupacion y encierro, no se quedan para una señora de tu clase.

¿Quién dice que no? replicó el coronel. ¿Pues qué las señoras decentes gozan alguna prerogativa ó privilegio para no cumplir con las obligaciones de su estado? ¿La buena cuna ó las riquezas pueden alguna vez servirnos de razon para sustraernos de la ley general, que nos prescribe, sin distincion de clases, llenar nuestros deberes dignamente? Yo por cierto tengo entendido lo contrario. La nobleza, la fina educacion, los puestos elevados, las riquezas y todas las ventajas que proporcionan la naturaleza y la fortuna, tan lejos están de escimirnos del cumplimiento de las leyes, que antes bien nos someten á su yugo con mas imperio, porque el que mas ha recibido, mas debe; y así las señoritas que han recibido unos buenos principios, y que se distinguen por su clase del comun del vulgo, deben comportarse siempre mejor que los vulgares, sin jamas alegar las preeminencias que gozan para faltar á sus obligaciones; pues como dije, sus mismas distinciones las es-

estrechan para obrar con mas arreglo y esculpulosidad que los demas.

Pues bien, dijo Eufrosina: sea de eso lo que fuere, lo cierto es que ni usted ni yo hemos nacido para reformar el mundo: asi lo hallamos, y asi lo hemos de dejar. ¿Qué nos importa que las gentes anden de piés ó de cabeza? Al fin no hemos de dar cuenta á Dios de nadie: ¿para qué nos hemos de meter en camisa de once varas?

A mas de que no es tan bravo el leon como lo pintan; pues, quiero decir, no debe ser mi vida tan descarriada como usted la supone, pues si eso fuera no tuvieran tantas la misma vida que yo, y algo mejor; pero ya ve usted cuántas señoritas hay que no emplean el tiempo sino en componerse, pasear y divertirse; y hacen bien de gozar de la vida y de tratarse como quienes son, si no ¿en qué se han de distinguir de las rotas y pingajosas de casa de vecindad, como ya he dicho?

¡Válgame Dios, hermana, dijo el coronel, y cuántas equivocaciones padece usted! Acaso porque hay en efecto muchas señoritas lujosas y paseadoras, que todo el tiempo de su vida, ó á lo menos los dias floridos de su juventud, los consagran á la moda, á la dissipacion y á la fruslería, abandonando sus mas precisas obligaciones, ¿cree usted que se halla disculpada de algun modo la que las imita? De ninguna

manera, hermana; la multitud de vicios jamas ha justificado el vicio. No porque hay muchos ébrios y ladrones, tendremos por licito el robo ó la embriaguez. Nuestra naturaleza, corrompida por la culpa, siempre se inclina á satisfacer nuestras pasiones atropellando con la ley y la razon, y esta es la causa de que los perversos y abandonados tengan tantos imitadores; pero esto, ya digo, se hace atropellando la ley y la razon, pues siempre que queramos escuchar el poderoso grito de la conciencia, tenemos los auxilios necesarios para no delinquir: y uno de estos auxilios son los buenos ejemplos de otros, que no queremos seguir.

El apóstol S. Pablo decia que sentia en si dos leyes, la del espíritu y la de la carne; esta, enferma y corrompida que lo inclinaba al mal; y aquel, sano y pronto para inspirarle el bien. Todos sentimos las mismas leyes; pero obedecemos la material que lisonjea nuestros sentidos y apetitos, no queremos sufrir la contradicción que hace el espíritu á la carne: y así con desprecio de aquel halagamos á esta, aun conociendo que hacemos mal, porque á nadie se le oculta su delito; y acosado del temor que se sigue á la infraccion de la ley, ¿qué hacemos? Buscamos pretextos y disculpas que, aunque engañosamente, nos consuelen y tranquilicen.

Una de estas disculpas, y quizá la mas frecuente ó

la que tenemos mas á mano, es la multitud de infractores que se nos presentan á la vista. Entonces nuestro amor propio, diestrísimo adulator, nos persuade, ó que no hacemos mal, ó que nuestro proceder no es el peor, cuando hay tantos que obran lo mismo que nosotros; pero esta disculpa es tan capciosa y frívola, que no nos penetra el interior, porque al instante se nos viene á la memoria otra multitud de individuos, cuyos buenos ejemplos y arreglada conducta, destruye nuestra sofisteria y reprende nuestros excesos.

Por ejemplo, es constante que en México, así como en toda ciudad populosa, hay una porcion de señoras que ocupadas ó consagradas del todo al lujo, á la bulla, á la disipacion y á peores cosas, se desentienden del cuidado de sus obligaciones, abandonando su casa, sacrificando al marido, corrompiendo á sus hijos, escandalizando á los criados, y olvidándose enteramente de que son esposas, madres y amas de sus casas. Es cierto, repito, que por desgracia abundan estos ejemplares; pero tambien es evidente que no faltan otras muchas señoras modestas en sus trages, fieles á sus esposos, atentas á la educacion de sus hijos y familia, hacendosas en su casa, económicas de su hacienda, y enteramente muy cristianas y escrupulosas observadoras de todas sus obligaciones.

¿Qué dice usted? ¿No es verdad que hay muchas

señoras de estas en México? ¿No conoce usted algunas de ellas? ¿Pues cómo no se acuerda de sus ejemplos para seguirlos, y solo me cita en su abono el extraviado proceder de las demas? Conque hermana, no hay disculpa. Es preciso confesar que obramos mal por nuestro gusto, sin atenernos á que otros obren del mismo modo, pues tenemos ejemplos en contrario que imitar.

Calló el coronel, y Eufrosina con una risita burlesca le dijo: ¿Sabe usted, hermano, lo que estaba yo pensando?—¿Qué cosa?—Que usted erró la vocacion de medio á medio. Sí señor: usted no debia haber sido militar ni casado, porque para capuchino ó misionero no tiene precio. No hay remedio. usted debia “andar con un palpito en las manos diciendo lindezas por esos mundos de Dios,” como opinaba Sancho de su buen amo.

¡Vea usted qué taco ó qué sermon tan largo me ha echado. La lástima es que yo estoy empedernida, y todo se me resbala. Estos sermones son buenos para la zonza de Matilde; pero para mí es lo mismo que escribir en el agua y predicar en desierto.

Sí, hermano, yo nací muy señora, me he criado con regalo, heredé alguna cosita de mis padres; y por fin he tenido la fortuna de haberme casado con un hombre de proporciones y muchacho del dia. ¡Bendito sea Dios que me libró de un viejo rezañon y mez-

quino! No lo digo por usted; pero ¡Jesus! ya me hubiera yo ahorcado. En fin, hermano, ¿ustedes gustan de ir al colisco, que ya es hora?—Hermana, muchas gracias.—Pues adios.

Diciendo esto, se fué Eufrosina; y Matilde, llena de enojo contra ella, dijo á su marido: ¿Ya lo ves? yo me alegro, si, yo me alegro de que te haya faltado al respeto la loca de mi hermana. En partes dice bien: si no hemos nacido para reformar el mundo, ni tenemos que dar á Dios cuenta por otro, ¿para qué es cansarnos en persuadir que obren bien ó mal? Allá se las haya. La verdad es que me ha incomodado mucho Eufrosina por tonta y majadera; pero conozco que tú has tenido la culpa en ponerte á disputar con ella.

Mira, dijo el coronel: todos estamos obligados á coadyuvar al bien de nuestros semejantes á proporcion de nuestras luces. Tú bien sabes que es obra de misericordia, y muchas veces de justicia, dar buen consejo al que lo ha menester, y segun esto, cuando vemos que un semejante nuestro padece un error grosero, por el cual se le siguen ó se le pueden seguir graves perjuicios, y teniendo facilidad de darle un buen consejo, estamos en obligacion de dárselo y de sacarlo de su error; siquiera por caridad, y esto aun cuando presumamos que por entonces no lo admitirá ó se burlará de él, porque no sabemos si aquel

consejo despreciado acaso será una semilla que en otro tiempo fructifique.

En este caso está tu hermana. Ahora se burla de mis razones; pero tal vez mañana ó por un reves de la fortuna, ó por la esperiencia que se adquiere con la edad, podrá abrir los ojos y aprovecharse de lo que ahora desprecia.

Por esto he aventurado la conversacion que oiste de lo que no me pesa, ni menos me siento de su burla, pues la pobre procede como una muchacha atolondrada y sin una cuerda reflexion. Si todos pensaran como ella, si todos dijeran: Así hallamos el mundo, así lo hemos de dejar, y ninguno tendrá la gloria de reformarlo, en este caso, ni los oradores hubieran esforzado su elocuencia, ni los escritores sus luces para corregir ó contener los vicios. ¡Desgraciados de los hombres! Ociosos fueran los pulpitos y los libros: nada se hubiera adelantado en las ciencias, en las artes, en la moral, en la política, ni en cosa alguna; pero como los sabios no han sido de ese necio modo de pensar, se han afanado para no dejar sepultados los talentos que les confió la Providencia, y para hacerlos útiles en beneficio de sus semejantes.

Yo te confieso ingenuamente, que no me hallo con un acopio de talentos sublimes y brillantes; pero sin embargo, deseo emplear el que tengo en el mismo

objeto, pues sé que al que se le dieron cinco, se le pedirá cuenta de cinco, y al que le tocó uno solo, se le tomará residencia, de este uno; y por esta razón procuré desengañar á tu hermana de los errores en que vive, creyendo que así lo debo hacer, y que quizá algún día le serán de provecho mis avisos. Si se burlare de ellos, si no los estimare en nada, ella cogirá el fruto de su error; pero yo habré hecho cuanto puedo por su bien.

Ya estamos, dijo Matilde, en que cuando mi entendimiento no quede perfectamente convencido con lo que me dices, ó tenga alguna duda, te la he de proponer con franqueza. En esta inteligencia, no puedo menos que decirte que me hace mucha fuerza no solo que disputes con mi hermana, sabiendo quién es, sino que ahora sostengas que hiciste bien, y que lo debes hacer, cuando otras veces me has dicho que es bobería disputar con ella, y con cualquiera otra persona obstinadamente necia, pues no se saca ni se puede sacar ningún partido ventajoso de tales disputas. Esto tú me lo has dicho, y no ha mucho que tácitamente me concediste que no había hecho bien de empeñarte en la disputa del cigarro. Conque dime, ¿á qué me debo atener?

Fácilmente saldrás de la duda, respondió el coronel, y advertirás que no me contradigo. Atiende: no es lo mismo disputar que aconsejar en cualquie-

ra disputa; pero esto se entiende con prudencia. Disputar es ventilar ó defender una su opinion contra otra con razones, no con palabras sin sustancia, pues en este caso ya no será disputa sino algaravía; y como los necios porflan casi siempre sin razón y sin saber lo que porflan, sino que quieren sostener su opinion porque sí y porque no, de ahí es que será una imprudencia el ponerse á disputar con un necio.

Fuera de esto hay disputas tan frívolas é impertinentes, que no es cordura mezclarse en ellas. La del cigarro fué una de estas. ¿Qué importa que tu hermana tenga por un exceso de mala crianza el que una niña chupe un cigarro? Nada, seguramente, y así debí haber omitido la disputa como impertinente para mí, y como frívola en sí misma.

Otras disputas hay sobre cosas tan evidentes, que el sostenerlas con ardor contra un necio, es la mayor locura é insensatez, como si yo quisiera defender que mi levita es azul, contra un ciego que defendiera que era verde.

De esta clase suelen ser y son muchas disputas que merecen despreciarse por los cuerdos, y de estas son de las que te tengo hablado; pero hay otras en que por necesidad, por caridad y por justicia, no solo debemos ingerirnos, sino sostener nuestra opinion con el mayor empeño. Así al inocente le es lícito defenderse con energía de la calumnia, al ca-

tólico le es permitido defender su religion, al letrado su parte en justicia, al buen amigo el honor de otro amigo que vacila en una lengua mordaz ó equivocada, y á cada uno sus derechos cuanto pueda. Ningun empeño, ninguna diligencia está de mas en estas ocasiones; y ya bien entenderás que no te he hablado de este género de disputas.

El consejo es de diferente naturaleza, aunque muchas veces concurre al mismo fin que la disputa mas bien sostenida; porque el consejo es el parecer que se da, ó se debe dar siempre por el bien de otro, desnudo de todo vil interés, y regularmente seguro. Si yo aconsejo, v. gr., á tu hermana que no castigue á su hija con crueldad y que no la consienta con melindre, es por su bien, no tengo en ello ningun particular interés, y mi consejo es de los mas seguros. ¿Me has entendido? ¿estás satisfecha de que no hay contradiccion entre dar un buen consejo y huir una disputa impertinente?

Lo estoy, dijo Matilde: te he entendido perfectamente: y ¿cómo no te he de entender si esplicas con tanta claridad lo que me enseñas? Pero ya que me he instruido, voy á que te traigan tu gala —¿Qué cosa?— Tu chocolate, pues es hora de que lo tomemos. Ya vuelvo. Aquí concluyó esta sesion, y tambien el capítulo sexto.

CAPITULO VII.

En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y una conversacion que tuvo con su esposa.

¡QUE feliz es el estado del matrimonio cuando se saben conformar con él las voluntades! La docilidad con que Matilde escuchaba las lecciones de su esposo, y la dulzura con que este le inspiraba sus máximas morales, prueban que ambos disfrutaban de esta felicidad.

Ya se deja entender que si el coronel no se descuidaba de instruir á Matilde, los dos se esmeraban á porfia en cultivar en su hija los talentos naturales que tenia, y los sanos principios que le inspiraban.

La niña, por fortuna, correspondia con docilidad á los conatos de sus padres, y así es que en poco tiempo supo leer con bastante regularidad, conocia el valor de las letras, sabia lo que eran sílabas y palabras, y que estas formaban los periodos.

Como su padre y su maestra le habian hecho advertir cuánta utilidad y ventaja resulta de leer bien, y que esto no se consigue sino evitando el sonsoneo y atropellamiento, y acostumbándose á leer con sentido, para lo que se ha inventado la puntuacion, ó caracteres ortográficos, se aplicó á su conocimiento con teson, y lo logró muy fácilmente.